

Jueves 28 de junio del 2001

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Detener la caída

Hubo consenso a favor de transitar hacia un sistema de presidencialismo acotado y que entre sus promesas de campaña incluía de manera relevante Vicente Fox. Había sido una reivindicación de los principales partidos opositores al PRI (PAN y PRD). Los estudiosos la habían reiterado como una necesidad imperiosa para transitar hacia nuevas formas de relación entre el Gobierno y la sociedad. Sobre todo porque en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari la llamada reforma del Estado lejos de tender hacia un equilibrio de poderes había conducido a una mayor preeminencia del Ejecutivo sobre el Legislativo y el Judicial. La retirada gubernamental de la intervención económica -achicamiento estatal se le llamó -no significó menor presidencialismo, al contrario a menor Estado tuvimos más poder presidencial.

Las formas campiranas de conducir el Gobierno de Guanajuato ya permitían entrever cómo sería el estilo personal de gobernar de Vicente Fox. Pocos le pusieron atención y se pensaba que sus discursos de campaña sólo obedecían a una estrategia de mercadotecnia política. Cuan lejos estábamos de eso. Si uno revisa la autobiografía del Presidente (*Vicente Fox a Los Pinos*, México, Ed. Océano, 1999), puede entender cómo la formación religiosa y filosofía empresarial determinan su pensamiento y acciones. Fox cree que lo que ha faltado en México es guiar la acción gubernamental con valores y reglas del mundo de la empresa privada: "En el sector privado no se vale pajear o perder el tiempo. La rendición de cuentas, la transparencia y la honestidad son valores fundamentales en la política y en la iniciativa privada. En ninguno de los dos casos usas dinero propio, únicamente administras el ajeno, lo que te representa una doble o triple responsabilidad de hacer bien las cosas. Todos estos valores, técnicas e instrumentos que operan en la iniciativa privada, funcionan muy bien en el sector público, aunque por desgracia no se han utilizado ni promovido correctamente". Las palabras del Presidente vienen a cuento a propósito del escándalo por la compra de enseres domésticos y otros gastos estratosféricos en la casa presidencial y que ya se conoce como el toallagate. Este caso ha venido a sumarse al preocupante desgaste que aceleradamente viene sufriendo la institución presidencial. Estoy seguro que Fox no tuvo nada que ver con la compra de toallas a 4 mil pesos o de cortinas a 17 mil, pero la responsabilidad última es de él. Aquí su equipo de colaboradores en la materia, encabezados por su asesor administrativo Carlos Rojas, le han jugado chueco. Por desgracia Fox empieza a verse irritado y al principio quiso justificar el escándalo con base en la transparencia informativa. Nunca había percibido a la sociedad mexicana tan unánimemente indignada por el despilfarro gubernamental, mientras que por el otro lado la economía se encuentra al borde de la recesión y se nos pide austeridad. Evidentemente; anterior a la gestión de Fox hubo excesos en los gastos gubernamentales; eso nadie lo duda. La diferencia es que ahora todo mundo pudo conocer las cifras. Para algunos analistas la nueva administración está pagando su novatez al publicar todos las cuentas públicas. El problema no es la transparencia, sino la falta de supervisión en los gastos para evitar los excesos. Por la convicción de Fox acerca de la honestidad y los valores morales estoy seguro que pronto se fincarán responsabilidades.

Lo que me preocupa es que el escándalo de las toallas y sábanas se viene a sumar a una serie de desaciertos de la novel administración. De verdad uno desearía que la bola de nieve que se viene formando con las pifias gubernamentales no ocurriera aunque nos quedáramos sin material para el comentario; por desgracia no hay semana que no se nos sorprenda con nuevos desatinos. Sólo señalo dos: El primero fue el mitin de apoyo al presidente en su rancho de San Cristóbal el pasado 17 de junio, utilizando el acarreo con torta y refresco, al más puro estilo priista. Por si fuera poco la pésima alusión presidencial al Quijote que erizó sobre todo a los medios de comunicación: "Ladran, señal de que el país avanza". La segunda, la expropiación de los terrenos del ejido Cuauhtepac en el Distrito Federal "por causas superiores de utilidad pública" con el fin de vendérselos a Televisión Azteca y que ha sido detenida -hasta el 29 de junio- por órdenes de un juez.

Reitero, el esfuerzo de todos deberá ser para detener el deterioro de la institución presidencial. Tal vez una buena dosis de mesura y prudencia por parte del nuevo Gobierno nos ayudaría a lograrlo.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.